Josías, el rey que no habló mal de Dios

¡Alegrémonos de corazón todos los que adoramos a Dios! Salmo 105:3

Josías estaba seguro de una cosa: nunca diría nada malo acerca de Dios. Su papá y su abuelo decían tantas cosas feas de Dios que le daban ganas de taparse los oídos. Decidió portarse de otra manera.

Amón, el papá de Josías fue un rey joven y malo que no obedecía a Dios. Josías tenía solamente ocho años cuando unos empleados del palacio mataron al rey. Amón no había reinado en Jerusalén más que dos años.

Un niño sobre el trono

Trescientos años antes del nacimiento de Josías, Dios anunció mediante un profeta que vendría un rey llamado... sí, ¡Josías! Josías iba a ser alguien que obedecería a Dios. ¡Imagínate! Dios ya sabía que él iba a nacer, conocía el nombre que sus padres le pondrían, y sabía lo que iba a hacer. Dios sabe todo.

Antes de hacer el mundo, Dios ya sabía que tú ibas a nacer y que vivirías en... (Dios sabe dónde vives). ¡Es fantástico!

Cuando el papá de Josías murió, la gente del país lo eligió a él como el próximo rey, aunque sólo tenía ocho años.

No fue algo fácil para Josías. El quería jugar, correr y saltar como los demás niños de su edad; en cambio, tuvo que ponerse ropa rara y una corona en la cabeza, y sentarse sobre el trono. También le tocó decir muchas palabras largas y difíciles.

Todo el tiempo, Josías se cuidó de no decir nada malo acerca de Dios. Pasaron ocho años: uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho… Josías ya se había acostumbrado a la ropa rara y a las palabras difíciles. Ahora era un adolescente de dieciséis años.

Reformas del rey Josías

Josías tenía la buena costumbre de orar a Dios. Cuanto más oraba, tanto más pensaba en todos los ídolos e imágenes que había en la ciudad de Jerusalén y en otros lugares.

–Yo destruiré todas las imágenes –dijo el joven rey.

Mandó una orden por todo el país. «¡Destruyan las imágenes, derriben los altares de los dioses falsos y despedacen las esculturas!»

Josías mismo viajó de ciudad en ciudad para ver que se cumpliera la orden.

¿Crees que lo hizo en un día? No; demoró muchos años. Terminó a los 18 años de su reinado. Ya tenía 26 años.

La limpieza llevó 10 años. ¡Qué trabajo tuvo Josías! Todo ese tiempo se ocupó en destruir los ídolos desagradales a Dios.

Una profecía cumplida

Un rey idólatra llamado Jeroboam hizo dos becerros de oro, para que fuesen los dioses del pueblo de Israel. Cuando él estaba junto al altar de un dios falso, un siervo de Dios dijo:

«Altar, altar, Dios ha dicho que de la familia del rey David nacerá un niño, que se llamará Josías. Cuando él sea grande, matará a los sacerdotes que ofrecen incienso sobre ti.»

Esas palabras, dichas 300 años antes del nacimiento de Josías, se cumplieron. ¡Todo lo que Dios dice se cumple!

Josías y el Libro de Dios

Josías no solo destruyó los altares y las imágenes de los dioses falsos, sino también restauró el templo, la casa de Dios. En todo el país reunieron dinero para hacerlo.

Mientras los obreros trabajaban en reparar el templo, encontraron un libro antiguo. En ese libro, estaban escritas palabras de Dios. Safán, uno de los secretarios, fue al palacio y le leyó al rey las palabras del libro.

Cuando Josías oyó lo que decía en el libro, se puso muy triste y rompió sus vestidos. Eso hacían cuando algo les daba mucha tristeza. ¿Por qué Josías hizo eso? Porque en el libro decía que Dios les iba a mandar un gran castigo, por no haber cumplido la ley de Dios.

¿Qué va a pasar con nosotros? –se preguntó el rey–. *Todo el pueblo necesita oír lo que dice el libro de Dios. Haré una gran reunión en el templo y yo mismo se los leeré.*

Así lo hizo. Mandó reunir al pueblo, desde los ancianos hasta los niños. En el templo había espacio para mucha gente.

Palabra por palabra, el rey Josías leyó del libro. Al terminar de leer, hizo una promesa a Dios, de vivir como a Dios le agrada y de cumplir sus mandamientos. No solo él hizo la promesa, sino que obligó a todo el pueblo a prometer lo mismo.

Niños y jóvenes, adultos y ancianos, todos dijeron:

«Prometo obedecer a Dios y cumplir sus mandamientos.»
¡Qué bueno que todos hicieron esa promesa!

¿Cómo está tu Biblia?

Un muchachito fue a visitar a su abuela. En el estante había un libro grande y bonito, pero lleno de polvo. Le preguntó a su abuela de quién era el libro, y ella le dijo que era el libro de Dios.

–¿No sería mejor que se lo devuelvas? –dijo el niño–. Aquí solo se llena de polvo.

¿Tienes una Biblia en tu casa? ¿Lees todos los días la Palabra de Dios o dejas que se llene de polvo? El rey Josías impidió que el libro de Dios se llenara de polvo. ¡Haz tú lo mismo!